

mejor simboliza el estado intelectual de su tiempo.

A diferencia de otras naciones que por entonces producían escritores originales llamados á trazar la ruta á su literatura venidera, como Shakespeare en Inglaterra, Cervantes, Lope y Calderón en España, Montaigne y Rabelais en Francia, Italia caminaba á decaer, y ya aparecían los precursores de Marini. Sólo un soplo cristiano era capaz de infundir calor vital en cuerpo tan próximo á la descomposición. Urgía protestar, cual en nuestros días lo hizo Manzoni, contra la pagana escuela resucitada. El martirio de Tasso fué sentir en sí tal protesta, cobijar en lo íntimo de su ser el romanticismo, y correr, sin embargo, llevado de su cultura, por la senda clásica. Extraña dolencia, ser cristiano de corazón y no acertar á decirlo sin la ayuda de los retóricos y poetas latinos, adoradores de Júpiter, ó más bien de la naturaleza y de la materia.

## VI

El asunto que para su poema eligió Tasso, ni puede ser más épico y grandioso, ni más perteneciente al cristianismo. Canten otros enhorabuena los celos, furia y arrebatos de un paladín, ó las lágrimas de una beldad liviana. Tasso se inspira en el suceso histórico más capital y admirable que registran los anales del mundo desde la conversión de Constantino. Si las Cruzadas no fuesen un hecho tan conocido; si pudiésemos olvidar su autenticidad y á deshora nos las cantase algún poeta de fecunda y brillante inventiva, las tuviéramos por no menos ficticias que las batallas y lances extraños y maravillosos de los poemas escandinavos y orientales.

Hoy, que, no sólo el mundo civilizado, sino cada nación de por sí y en su límite experimenta los desastrosos efectos de la anarquía social, contenida á duras penas por medio del orden armado hasta los dientes; hoy, que ni aun la escasa docena y media de soberanos con coro-

na ó sin ella que rigen á Europa atina á ponerse de acuerdo para lo que con mayor urgencia necesita, son dignos de reflexión y estudio fenómenos que, como el de las Cruzadas, revelan tan grande unidad de miras y tal concordancia de sentimientos. Refiriéndose á aquella edad, no es hueca frase y concepto vacío decir que los hombres, como pueblo de hermanos, se lanzaban á la conquista del ideal, asociando sus fuerzas y sus almas. Acaricia el siglo xix entre sus utopías favoritas la de la paz universal; y no entiende que fuera cosa peregrina é inconcebible caminar á la paz de los cuerpos moviendo guerra á los espíritus. Si en algún tiempo pudo, con visos de realidad, soñarse próxima la clausura del templo de Jano, fué, aunque parezca paradoja, durante los aprestos bélicos de la gran Cruzada. Cabía esperar que Europa, fundida, por decirlo así, en el sentimiento más íntimo y más fuerte, es á saber, el religioso, hubiese llegado á la cohesión necesaria para dar cima al último y decisivo esfuerzo contra el mundo oriental, y poder después cultivar en paz fecunda los frutos de la victoria. Porque si la paz no ha de ser artificioso producto de un estado de violencia más amargo é inseguro que la guerra misma, fuerza es que nazca de la armonía de las voluntades y de los corazones, así como de la comunidad de intereses. Tales circunstancias concurrían en las Cruzadas, empresa militar que juntaba el entusiasmo con el acierto. El político más sagaz no pudo idear nunca tentativa que prometiese me-

jores resultados para el engrandecimiento de Occidente; y el Sepulcro Santo, puesto tan lejos de la cristiandad, la enseñó, como la columna de fuego á los israelitas, el camino de salvación.

No tuvo, sin embargo, parte alguna el cálculo en las Cruzadas. Aquellas legiones heterogéneas, compuestas de reclutas bisoños mezclados y confundidos con niños, mujeres y temblorosos viejos, en cuyas filas irregulares codeaba el barón feudal al pechero villano, el monje contemplativo al malandrín de oficio ávido de sangre y saqueo, se formaron espontáneamente, á impulsos de un movimiento más intenso y profundo que cuantos puede determinar la fría reflexión. Por el mismo carácter arrebatado que distingue á las Cruzadas, no faltan historiadores que las afean y denigran, no viendo en ellas sino un desahogo del ansia del pillaje y merodeo y de la sed de enriquecerse con la espada, en épocas que no consentían á nadie elevarse por medio del trabajo y de la industria pacíficamente ejercida. Sin duda que tuvieron las Cruzadas su lado defectuoso y humano: ¿y qué mucho, si media humanidad tomó parte en ellas? Pero así como una misteriosa operación natural hace que los elementos del vil carbono constituyan el magnífico diamante, así la acumulación de sentimientos humanos realiza en la historia las ideas divinas. Las Cruzadas, vistas á la luz de la filosofía histórica, son tan bellas en su forma y desenvolvimiento como admirables en su fondo. Por

mucho que espíritus apasionados quieran marcarlas con el estigma de la codicia y del fanatismo, no podrán impedir que todo pensador imparcial las considere solidarias de la causa de la civilización, quiero decir, de aquella moral é intelectual, harto superior á la material (que también debe no poco á los cruzados, primeros fomentadores del comercio asiático). Mas el principal servicio que prestaron las Cruzadas fué azuzar y lanzar al Occidente contra el Oriente. Europa, más emprendedora que la raza del desierto, necesitaba un estímulo para arrojarse sobre el semita y ganar de un modo definitivo la primacía del orbe—estímulo que halló en la fe.—Y no hay para qué encarecer, hoy que cumplidamente ha desentrañado la crítica histórica los elementos impuros y mortíferos que la influencia oriental encierra, de qué peligro salvó al mundo la iniciativa de las Cruzadas. ¿Quién sabe si, á no ser por tan enérgico sacudimiento, las comarcas donde hoy ostenta sus maravillas al ingenio del hombre, las ciudades más populosas de Europa, serían despojo arqueológico, como son las villas de Siria, tan florecientes bajo la raza judaica, y muertas desde que las dominó el musulmán perezoso y fatalista?

Al germinar la idea de las Cruzadas, se presentaba el Oriente más amenazador que nunca. Los árabes hostilizaban á Europa por Levante y Mediodía; ya no era valla á sus incursiones el Mediterráneo, y se les veía echar abajo los primeros baluartes del continente europeo, pene-

trando casi sin obstáculos por España, por Malta, por Sicilia. En tan angustioso aprieto, el imperio de Bizancio —donde el patriarca Ceruleyo acababa de hacer completo y terminante el cisma que iniciara en el siglo ix el funesto Focio— no podía ser de provecho alguno al mundo católico; estorbábalo su inquina contra la Iglesia madre, la propia corrupción, gangrena y enervamiento que ya lentamente corroían aquel imperio, su espíritu asiático, sus pactos continuos con los emires y soldanes, pactos que daban origen á las falsedades y dobleces á que alude Tasso, renegando de la *greciana fede*. Era, pues, indispensable que el Occidente tratase de salvarse á sí propio, dominando aquella situación crítica que podía resolverse en eterna mengua y esclavitud de Europa. Cuando, como en tan supremos instantes, dos enormes fuerzas se hallan próximas á chocar; cuando dos civilizaciones, dos ideas, dos mundos, se contemplan con ansia de anonadarse mutuamente, la más briosa, la que más fia en su causa, la que presiente que Dios le tiene aparejado el triunfo, toma la ofensiva, y con la ofensiva una ventaja manifiesta. Esto hizo la cristiandad. Y fué lo hermoso, lo épico, lo sublime de resolución tan bizarra, que, como dejamos dicho, no la inspiró el razonamiento, ni presidieron á ella sabios ensayos y combinaciones y planes muy diestros concertados ante el mapa, mecánico sistema de la moderna política, cuya razón su prema es el número. No se elaboraron las Cruzadas en la mente de ningún diplomático: na-

cieron en el alma, en la conciencia popular, y quizá merced á secreto y salvador instinto superaron á cuanto pudiese arbitrar la cabeza mejor organizada y el entendimiento más reflexivo.

Tasso, que, como sabemos ya, aspiraba á la corrección y al orden en su poema, eligió para héroes los paladines del ejército propiamente dicho de los cruzados, del cuerpo regular y disciplinado que se constituyó bajo el mando de Godofredo de Bouillón. Pero antes de que este ejército formidable llegase á ponerse en marcha, cerca de cuatrocientos mil cristianos habían regado con su sangre y alfombrado con sus cuerpos el camino que conducía al sepulcro del Redentor. Cada piedra de la ruta contaba trágicas historias; cada recodo y escarpe de aquellas sendas áridas encubría un calvario de sufrimientos. Por el rastro de osamentas blancas, calcinadas del ardiente sol, pudiera trazarse fiel itinerario del paso de las primeras bandas señaladas con la cruz. Para un arte más profundo, si menos clásico que el de la época de Tasso, los héroes del verdadero drama de la Cruzada son aquellas huestes informes que dieron la señal del levantamiento en Europa, huestes faltas de armas, de organización, de pertrechos y víveres, y que con la imprevisión sublime de la fe se lanzaron á perecer, triste y obscuramente, en tan inhospitalarias comarcas. Así como las guerrillas y partidas sueltas fueron en nuestra gloriosa lucha de la Independencia las hijas legítimas del entusiasmo popular,

las incoherentes legiones voluntarias de cruzados eran la idea cristiana hecha carne. El segundo ejército fué ya reflexivamente ordenado: el primero surgió.

Pocos espectáculos pudieran darse tan conmovedores como el de la marcha de compactas columnas humanas, movidas por la necesidad religiosa, la más noble que aqueja al ser racional. Venciendo las privaciones y riesgos espantosos que en su empresa hallaban, iban sin vacilación á orar y adorar en los lugares en que el hombre fué redimido, lugares que son cuna de nuestras creencias, solar de nuestro espiritual linaje, tálamo en que el alma se desposó con lo infinito, ara en que inmolaron la víctima expiatoria de nuestras culpas, fosa en que se sepultó la humanidad vieja para resucitar lozana y vestida de eterna juventud. Aquella comarca bendita, cara á los creyentes por tantas razones, era tiempo hacía patria ausente, paraíso perdido de la fe. Desde que el advenimiento de tiempos benignos permitió á los cristianos dejar las sombrías catacumbas y erigir en público sus templos y sus altares, fué su perenne aspiración hacerse dueños de las comarcas santificadas por la presencia y vida mortal de Jesucristo. Asaltaba ya á los pueblos indo-europeos la tierna nostalgia y el deliquio con que los israelitas, bajo los sauces llorosos de Babilonia, recordaban la ciudad sagrada y la tierra de Promisión, que gemía bajo el yugo de infieles. A Jerusalén se encaminaba el asceta extenuado á puros ayunos y mortificaciones,

que en el huerto de las Olivas quería evocar las ansias sublimes del sudor de sangre y de la abnegación perfecta; el orgulloso señor, que, ebrio de su poderío, colgara de una almena al inocente, y que ahora, con la cuerda al cuello, rapada la cabeza y desnudos, ulcerados y lividos los pies, se sumía contrito en las aguas regeneradoras del Jordán; el mozo desalmado, burlador de doncellas, que, vuelto en sí, andaba sobre sus ensangrentadas rodillas la vía del sepulcro del que absolvió á Magdalena; la dama delicada y gentil que purgaba acaso amorosos extravíos exponiendo la nieve del cutis al sol de fuego de Palestina, viajando á pie, surcada la faz de lágrimas, el cuerpo afeado del polvo, rendida de cansancio, ataviada con la mortaja y el capuz que habían de cubrirla en la tumba. Todos los dolores, todas las flaquezas, todas las caídas del hijo de Adán se expiaban en los Lugares Santos: todos los pecadores acudían allí buscando bálsamo y misericordia. Y el que llegaba penitente volvía alegre, y el desesperado gozoso; y la piedra del sepulcro divino se reblandecía como cera al contacto de las rodillas de los arrepentidos, entreabriéndose al eco de sus sollozos. Del siglo iv al xii no cesaron de verse por el sendero de Palestina comitivas piadosas, á la ida tristes, exhaustas, cargadas de instrumentos de mortificación, á la vuelta ligeras de paso y de espíritu, cantando himnos, empuñada la triunfante y simbólica palma<sup>1</sup>. Y

<sup>1</sup> Aunque se hace cierta confusión usando instintivamente los nombres de *peregrinación* y *romería*, para significar

no eran solamente los culpables los atraídos hacia el manantial de todo perdón: éranlo asimismo los puros y limpios de alma, los dados á contemplar y á sentir. El gran Padre de la Iglesia San Jerónimo allí se había complacido en abrir un hospicio para los palmeros; Paula, predilecta discipula de aquel varón insigne, siguió sus huellas, fundando un monasterio de mujeres; la erudita y discreta emperatriz Eudoxia, después de plantar en el Calvario una cruz de oro, eligió apacible retiro en lugar tan sacro para morir, alternando las dulzuras de la poesía y las prácticas de la religión; Heraclio, emperador, descalzo y con la cabeza descubierta, ascendía al mismo Gólgota llevando en hombros el madero de la cruz, que allí colocaba entre lágrimas, aclamaciones y universal delirio. En suma, Jerusalén era patrimonio del orbe cristiano: un piadoso socialismo adjudicaba aquel territorio á todo el que invocase el nombre de Jesús.

Y es lo más singular que, así como el europeo, en sus ciudades y campiñas, soñaba con la posesión completa de Jerusalén, el agareno en su tienda alimentaba el mismo deseo. También aquella raza semítica, cuyo libro sagrado compuso uno de los hombres más hábiles y diestros que ha conocido el orbe con rapso-

viaje á Tierra Santa, en realidad, *peregrinos* eran los que con esclavina ornada de conchas visitaban á Santiago de Compostela, *romeros* los que iban á Roma y usaban conchas en la esclavina, y *palmeros* los de Jerusalén, que solían traer una palma.